

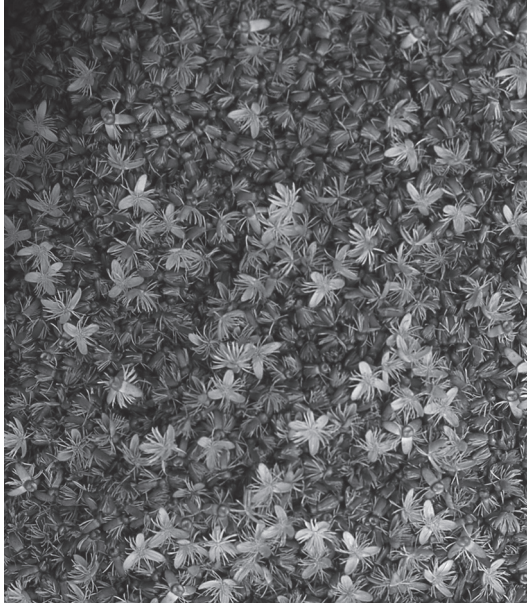
Elias Canetti

El enemigo de la muerte

Carlos Enrique Vásquez Tamayo

(Colombia, 1953-v.)

Filósofo, poeta, ensayista y traductor. Doctor en Filosofía de la Universidad Javeriana, Bogotá (Colombia). Profesor Titular de la Universidad de Antioquia. Autor de diecisiete libros y numerosos artículos. Varias de sus obras, textos y poemas han sido traducidos a otros idiomas. Entre otras distinciones, recibió el Premio Nacional de Poesía Fernando Mejía Mejía y el Premio Latinoamericano de Poesía Ciudad de Medellín, Festival Internacional de Poesía.



Resumen

Elias Canetti proyectó escribir un libro dedicado a la lucha contra la muerte. Pensó titularlo *El enemigo de la muerte*. Ese libro se quedó sin escribir. O, para ser exacto, tomó la forma de una colección inmensa de apuntes escritos a lo largo de cincuenta años. Allí expresa Canetti su posición: pensar la muerte, comprenderla pero, sobre todo, atacarla, desacreditarla, revelarla en su maldad absoluta. Y oponerle, como en efecto lo hizo, un amor por la vida incondicional, la de todos los hombres y todas las cosas, la de la Tierra como espacio de realización, llegando incluso a afirmar la creencia en la vida eterna y la inmortalidad del hombre, aquí. La obra de su vida se articula con su pensamiento del poder, al que Canetti le adjudicó el sentido del mal. El de la masa, las masas, fenómeno que atraviesa todas las culturas y que tiene para él el carácter de un instinto primordial, con base en el cual el hombre vence el miedo a la muerte.

Palabras clave

Escritura, masa, metamorfosis, muerte, poder, supervivencia.

Ninguna muerte acaba
(1988)

En 1993, un año antes de su muerte, Elias Canetti buscaba una palabra. Una sola para acariciarla, la palabra que queda, la única, la última. ¿Sabe alguien su última palabra? Sería como saber el instante de la muerte y eso es imposible. Es imposible morir en un instante. No hay instante apropiado para morir. La muerte no es una oportunidad. Por eso no sirve para evadirse, escapar, ausentarse. La presencia y la ausencia quedan eclipsadas en ella, no hay sino el instante antes. El que sigue no existe, de nada vale insistir. El presentimiento de la muerte, su incertidumbre radical, coinciden con el hallazgo de una palabra. La que le corresponde a uno. La que uno ha buscado toda la vida. Entre la fecha del nacimiento y la de la muerte hay una palabra. El que no sepa eso, el que no le consagre a esa palabra su vida, no sabe lo que es vivir. Un año antes de su muerte Canetti insiste en eso: no quedan sino las palabras. Es lo único que vale la pena. Lo único que hay, la desnuda realidad. Sorprende que al final la fe en las palabras se mantenga. Eso hace a Canetti incomparable, hay momentos en los que desfallece, es solo para tomar impulso, virar, entrar en ellas con una fuerza renovada. “La muerte no tendrá señorío” mientras alguien encuentre la suya y la retenga y la haga sonar. ¿Es así? ¿Alguien ha hecho la prueba? Detrás de la palabra única se asoma la eternidad. La desnudez de la muerte no se compara con nada. Más fuerte que el despojo es el despojamiento del moribundo. Ante esa desprotección la muerte nada puede. Deja ella de existir, la palabra que calla es la muerte.

Él ha estado estudiando eso. Ahora que terminó su abecedario vuelve al comienzo, piensa en la forma de acompañar el libro. Debiera ser un epílogo. Es lo que piensa. En sana lógica. ¿Pero puede haber esa lógica aquí? Más bien aprovecha para decir aquello en lo que ha estado pensando. Quiere reducir su vida a un diálogo

libre. Si se encontrara con Canetti no sabría qué decirle. Le daría vergüenza. No tiene aquella juventud de un discípulo. Pero no es su contemporáneo tampoco. Ni en saber ni en sabiduría. Guardaría silencio y a lo mejor también él. ¿Y si lo encontrara en la muerte, o más allá? Leyéndolo lo ha intentado. Y no ha encontrado sino palabras. Su palabra, la suya exclusiva, le sigue estando vedada. Cree que Canetti la tiene en la punta de la lengua. Pero Elias, ¿dónde se encuentra? Está en sus libros, desperdigado como un cuerpo en demolición. En sus apuntes, en los que el cuerpo desmembrado del pensamiento sostiene una idea. Una intención más bien: denunciar, desgarrar, desenmascarar a la muerte. Y vencerla, matar a la muerte para agudizar el absurdo. Para estar desnudo, debo decirlo. Las palabras son la investidura que desviste. El despojamiento que da aliento al despojo.

Hay un punto de intersección, una encrucijada: protegerse de los muertos limitándose o abrirse a ellos. Esas aperturas Canetti las perforó toda su vida. Pasadizos, pasajes en lo pasajero. Líneas de eternidad entre los efímeros. Pasar a través de los muertos para devolverlos. Alentarlos, insuflarles vida. Es asunto de respiración. Eso lo aprendió de su amigo Broch. Cada ser tiene su aliento. Y mientras cada quien no descubra el suyo no respira. Atravesar. Pasar. Desplazarse. Inventarse metamorfosis. El que gobierna sus metamorfosis no muere. La muerte no cambia de aspecto. Ella bloquea el cambio y por eso es mortífera. La metamorfosis es la pasión de la compasión. Uno es el otro hacia el que uno va. El puente son las palabras. Uno pasa de uno a otros diciendo nombres. Salvando los nombres de su apariencia mortífera. Esa doble naturaleza de los nombres fascinó a Canetti: ellos sirven para hacer vivir o para matar. El paso entre los vivos y los muertos. Hay que vencer las ideas, las creencias, los prejuicios. Es un giro radical y hay que darlo si queremos resucitar a alguien. Pero llevamos, como el nombre, la muerte incrustada en nosotros. Eso lo dice todo el mundo: lo pregonan los filósofos y lo verifican los hombres de ciencia. Pero la muerte es una nada. No significa nada. No existe siquiera. La muerte es una pose, una investidura.

La muerte no tiene realidad. Nos asentamos en la realidad irrealidad de la muerte. Y en ese lugar vivimos una vida falsa y cobarde. Se incrusta, es decir, nos da *órdenes*. La muerte es un terrible *aguijón*. Ordena, impone y manda. Hay que liberarse de ella. Arrancar de tajo el terrible aguijón. Pero de otro modo, interrumpiendo la lógica del poder que mata todo. Hay que cortar el circuito de las órdenes. Deshacerse, con ademanes, de las manos y de todo aquello que prolonga el imperio de las órdenes. Mientras más terrible se vuelve ese imperio más hay que insistir. Pero, ¿cómo? Canetti despliega discreción, temeridad, inteligencia, método. Inventa, crea, se recrea. Muestra, por sobre todo, obstinación. Es su *teatro de la crueldad*. La víctima es él, es capaz de llevar en su cuerpo a todas las víctimas, liberarlas sin intentar redimirlas. El escritor no es un héroe. Sirve una causa, la de todos, la única causa que justifica vivir. ¿Se justificaría llegar a viejo si no fuera por eso? Canetti quiso llegar a los cien. Pensaba en personas de noventa años, personas longevas con ímpetu intacto. Envejecer para no engañarse y no engañar a nadie. Decirlo con palabras cada vez más difíciles y puras. Apuntes pequeños y concisos. Al final Canetti se dio cuenta de que estaba abandonándose. Y se propuso, ya viejo, volver a él. Y, quizás como nunca antes, habló en primera persona. No para defender su persona sino para apersonarse de la protección de muchas personas. La escritura de Canetti toma la vía de la misericordia. Hay que execrar a la muerte diciendo la verdad, restituir en las palabras la pureza moral. El dolor es la llama en la que la virtud abrasa el cuerpo.

“Conocí hombres de noventa y seis y noventa y cuatro y noventa y ocho”. Seres íntegros y animados. Seres amantes de la conversación. Inquietos y quietos en el silencio. Seres preparados para decir cosas. Algo, una sola cosa. Seres perfilados cada uno, en su sola palabra. Formando el coro de las múltiples palabras de los inmortales. El propio Canetti ya sabía todo aquello de lo que la muerte es capaz. Y de lo que hace capaz al hombre. Había llevado consigo la terrible inquietud moral de ser un superviviente. La muerte pavorosa de los otros lo había perfilado. Para suspender la peligrosa

satisfacción de la supervivencia hizo prevalecer la vergüenza, la culpa de sobrevivir lo llevó a enrostrarle toda su vileza a la muerte. Quizá su abuelo hubiera sobrevivido a la crueldad. Él no hubiera resistido ver arrastrados a sus seres queridos al oprobio y la humillación. Se habría quitado la vida. Solo que, la inversión del signo moral de la supervivencia, la más dura de las metamorfosis, le permitió seguir adelante y llegar a viejo en el siglo de las matanzas. No habría resistido que hubieran gaseado a su madre y a su esposa y a su hermano. Se salvó de eso. Otros no lo lograron. Esa diferencia se vuelve un tono. Canetti fue un testigo. Pero no estuvo allí. En los campos. Solo que fue capaz de atravesar el siglo genocida con su clarividencia. Y vencer a la muerte en su elemento, la muerte en masa cuyo presentimiento lo llevó a estudiar media vida el fenómeno de las masas.

Hay que escribir. No hay otro camino. A veces son frases mal hechas que quizá nadie leerá o comprenderá. Pero estoy convencido de que hay que escribir. Al morir uno no deja nada. Eso creía Canetti. Y por estar absolutamente de acuerdo, creo que es de los pocos a los que hay que leer. Si queremos saber. Si aspiramos a comprender. Si nos atrevemos a actuar. Al igual que los de Pessoa, los apuntes de Elias Canetti seguirán apareciendo. Los muertos no escriben. Dan testimonio de ceniza. Las almas no hablan, las almas respiran. Todo se disuelve en nada, por fortuna en la nada la muerte no reina. La escritura es un contagio, una respiración compartida. Las palabras son el aliento que mantiene unidos a los vivos y los muertos. Asombro, lo que vuelve siempre es la muerte. Qué hacer para conjurar su eterno retorno. Hay que continuar. Seguir aquello que no es continuo, detener la continuidad repetitiva del horror y la masacre. Continuar lo que no tiene continuación. Lo que se repite siempre. Lo único en lo que Nietzsche tuvo razón: el pánico y el chasquear de dientes. La escritura es la interrupción. La demolición de la continuidad. A cada logro una ruptura. Todos los proyectos se concentran en uno. Y ese vivir está condenado al fracaso. Escribir es fracasar. Hay que escribir el fracaso y fracasar al hacerlo. Ocho novelas y una sola novela.

Un libro para dos libros. Tres dramas en lugar de una vida como dramaturgo. En 1942 Canetti descubrió los apuntes, su forma de no ahogarse y poder respirar. Los apuntes fueron continuos como los días, cada uno de los cuales no continúa en nada los otros. La sucesión de los días es la interrupción violenta que condena la muerte. Los apuntes son inútiles, luminosos, abruptos, conmovedores en su claridad y belleza. No forman entre ellos una constelación. Son puntos inmensamente separados, dispuestos por la abismalidad de un alma.

La escritura de apuntes no tiene nada en común con la despreocupación o la negligencia. Brotan de un espíritu desvelado. Un espíritu que no deja por ello de prestar atención y ofrecer su cuidado. Un espíritu responsable de todo, de nada y de todo, de todos y cada uno. Esa preocupación se vuelve, en los apuntes, ocupación insomne. Canetti amaba escribir en la noche mientras los otros dormían. Eso le hacía sentir una responsabilidad incondicional. El que escribe se hace cargo de todos. Se escribe para desaparecer, para empequeñecerse. Pero no con la intención de evadirse. Se escribe para borrarse y aparecer donde uno es necesitado por alguien. La escritura es la forma depurada de la misericordia. Pero esa exigencia no despierta arrogancia. Es plena en humildad y pudor. Escribir no hace ruido. Al escribir uno se cuida de no despertar a nadie. ¿Desaparecerías si fuera posible? La opción es tentadora. Pero no puede ser así, al menos no del todo. Hay que velar sin que nadie lo sepa. En medio de lápices afilados. La imagen de Canetti frente a sus lápices es la de un santo en tiempos modernos. El escritor se desprecia, se ignora, no busca el éxito ni adopta ninguna pose. Es discreto, casi gris, es una sombra de su propia persona. Solo en esa ignorancia de sí mismo puede responsabilizarse de otros. Debe metamorfosearse, ser el drama de muchos es su máximo arte. El escritor se ve obligado a dedicarse a la muerte de los otros. En la forma de un compañero. El sentimiento de fracaso es terrible, se renueva con cada muerte. Pero el ímpetu no cesa. La ira lúcida se mantiene encendida. Vivir y perder. Sobrevivir para sufrir su propio reproche. Canetti es un testigo en el siglo de los sobrevivientes. Siente vergüenza ante todas

las víctimas. Sabe que no merece estar vivo, Primo Levi dice lo mismo, los mejores están muertos. La única manera de vencer el oprobio de la supervivencia es dando testimonio en nombre de las víctimas. Si no fuera así, ¿tendría algún sentido llegar a viejo?

La lucha contra la muerte fue desde un comienzo su única idea. El cimiento, el acontecimiento de la muerte de su padre a temprana edad. El niño tenía seis años. No pudo perdonarle nunca a la vida esa muerte. El resentimiento de esa muerte adoptó tonos morales diversos: odio, ira, ceguera. Canetti se dedicó a cultivar un alma ultrajada por el absurdo de esa muerte. Para él fue un inaceptable saqueo. Desde ese momento le declaró a la muerte una enemistad que no se callaría nunca. Fue la razón de su vida y el sentido de su escritura. No fue la única muerte, sacudido como estuvo ante la muerte de sus seres queridos y ante el apogeo y la soberanía de la muerte, en el siglo de la muerte en masa. La lucha contra la muerte supone una fe: el carácter indestructible de toda vida. Canetti busca una forma para esa fe. Esa forma no está en ninguna religión, eso lo supo después de estudiarlas todas. La suya era una fe sin forma, pero no una pasión informe. La búsqueda de la escritura coincide con el intento de darle forma a su fe. El superviviente Canetti se pregunta cómo puede vivir aún si muere a su alrededor tanta gente. Siente la atracción horrenda del poder, quedarse solo como el único. Esquiva esa atracción, lucha a brazo partido por cada vida. Retiene, forcejea en cada vida en peligro con la muerte y pierde una y otra vez. ¿Cómo no dejar de creer? La fragilidad de la fe está en el fracaso repetido. Se fascina con la muerte. Incluso piensa que habría que inventarse al Amigo de la muerte para medirse con él. La galería de la Historia le ofrece varios modelos. El poderoso quiere, por sobre todo, ser el único. Él, forzado por la muerte a serlo, se topa frente a frente con esa figura. Combate con ella y es vencido. La lucha contra la muerte es el contenido de una fe que busca su forma. Si Canetti pensó en varias suertes de escritura fue por eso: la pasión de forma del artista mantiene vivo el contenido que lleva. El contenido se aviene a su forma en los apuntes. Creo que es lo que Canetti terminó

concluyendo: su libro contra la muerte era un libro imposible. Al igual que en el combate con la muerte, también en la escritura no quedan sino restos. ¿Puede enseñar la derrota algo que mantenga viva la llama de la fe? Canetti evita una respuesta frívola. Dirá más bien que no conoce una fe que merezca ese nombre, que no esté colmada de incertidumbre. La fe se yergue sobre la derrota de sus presupuestos. Una vida que triunfa no necesita alimentarse desde dentro. Solo la fe, inútil e imposible, constituye una vida auténtica. El que cree nada cree, no sabe nada, crea sobre el abismo de su inmensa ignorancia. Sabe lo que no sabe, ve lo que no se deja ver. El alma creyente está inundada de dudas. La fe es el naufragio del espíritu.

Ante la muerte inmisericorde le toca al escritor ser testigo. La muerte es horrible y es injusta. Ante la injusticia de la muerte el escritor no puede acostumbrarse. Mucho menos aceptar esa injusticia. El hombre de fe lucha denodado contra esa injusticia. La vida es eterna, la lucha contra la muerte no acaba nunca. Hay que reconocer la derrota, pero no se la puede aceptar. Reconocer es conocer y dar testimonio del carácter absurdo e inaceptable de la muerte. ¿A qué lleva esta certeza? Todo indica que el escritor de fe está solo en su lucha. Si hubiera alguien. Pero no hay nadie. Las instituciones, las creencias, los juicios de valor, el conocimiento y las normas morales, la vida práctica, todo aquello que nos hace hombres se apoya en la muerte. Como si solo aceptándola fuera posible vivir. Los filósofos son los voceros de esa aceptación que otorga confianza. Dicen que se vive para la muerte y que en el fondo de la vida es la muerte la que respira. Estoy solo, no hay nadie que me entienda. Canetti presintió que su idea despertaba burlas, o si mucho una delicada indulgencia. Nadie parece darse cuenta. No hay sino perpetradores, administradores de la muerte y masas de espectadores obedientes. Uno solo se dispone a enfrentarla. Él se imagina ese hombre solo. En su momento él también morirá. Pero, ¿acaso cuando alguien muere alguien se muere? ¿Puede alguien llegar a morir su muerte? Uno vive solo, lucha contra la muerte, pero nadie, que se sepa, muere a solas o en compañía. Sobre este punto el

pensador francés Maurice Blanchot lo ha dicho todo. Incluso, ha dicho con palabras el silencio de todas las palabras que brota de allí. Estoy escribiendo y pienso en eso. Y en por qué no pensó Canetti en Blanchot, ¿acaso no se conocieron Blanchot y Canetti? ¿Acaso tal vez se leyeron? A él le complacería, le haría sentir que en lugar de uno eran dos, que en el lugar en que uno estaba aparecieron dos. Solo que a él esa soledad no le arredra. El hombre de fe es un solitario. Solo contra el mundo, como se dice. La vida práctica y la conservación no es lo suyo. Él busca ofrendarse por la vida eterna. Hay gente para todo, pero para luchar contra la muerte parece que no hay nadie. Tal vez solo uno. La escritura es el mito recuperado de un solo hombre.

Además de ser un libro de apuntes, Elias Canetti comprende que el libro contra la muerte debe ser un libro póstumo. Nadie que esté cerca debe estar en él, debe ser un libro discreto. Al mismo tiempo, debe ser un libro sin autor. Los apuntes deberían ser anónimos, como si hubieran sido escritos por ninguna persona. Nada que permita reconocer a alguien, la voz de una sola persona. Un libro cuya unidad de propósito admita la polivocidad y la masa. El autor habrá de contenerse una vez ha descubierto que el libro es un fracaso, que no hay libro, que ese libro desborda con mucho su idea. Pero eso no quita que sea completo. En ese libro debe estar todo, debe contener completo su contenido en su forma. La materia incontenible por fin contenida. Solo así lo que ese libro dice será completamente veraz. El libro contra la muerte es al mismo tiempo el libro sobre ella y el autor debe estar muerto para que la forma del libro no se convierta en un campo de lucha. Ninguna contradicción y por ello mismo ninguna necesidad de defensa. El libro se sostiene solo, insostenible en su forma, retiene la totalidad de su contenido. Ha cesado la lucha, o a lo mejor sigue en otro terreno. Ninguna muerte termina nunca. El libro contra la muerte es el armisticio de una lucha infinita. No debo ver ese libro, hay algo en él que no es digno del tiempo. Una contemporaneidad que arriesgaría contemporizarse. Todo es de la muerte y en esa posesión absoluta es donde puede combatírsela. El combatiente no debe estar ahí,

su tiempo no coincide con el de ella. En esa apertura de la no pertenencia se juega la posibilidad de vencerla.

He sacrificado mi vida y de mí no queda casi nada. Casi no hay obra o, más bien, comprendo que no podía haberla. La obra lleva a la satisfacción y la placidez. Uno descansa en ella y en ella se reconoce. Elias Canetti sacrifica la suya a la visión del horror. La muerte en masa es el horror que suspende la obra. En lugar de esta no quedan sino fragmentos. Para ver desde ahí a todos los muertos. Escribir es ver, dar testimonio de las vidas segadas. Canetti piensa que esa visión es directa, no hay mediación, ningún espejo dulcificado. Es el horror visto a la cara. Escribir supone aprender a respirar. El aire está viciado. El imperio de la muerte impone el ahogo. Se escribe en penosas condiciones de aliento. El escritor respira penosamente el aire de todos. Ese aire está lleno de palabras. Palabras entrecortadas, alientos rotos. Para ayudar a respirar a cada persona su aire. El escritor vive en un extremo desamparo. No sabe protegerse, apenas alcanza a guardar a los que tiene cerca: padres y hermanos, la mujer amada, la pequeña hija que fue para él un giro abrupto. Quizás el más extremo corte, la vía hacia la inmortalidad. Momentos agudos en los que el hombre cambia sus anhelos por un poco de aire. Justificación plena de las edades de la vida. Decisiones extremas. Dejar de ser alguien, renunciar a todo. Desnudarse progresivamente. Aproximarse al nudo de la disolución. Demolirse progresivamente. Esa es la constante. El único auxilio son las palabras. El nudo que nos ata a las otras personas. Salvar a las palabras, cuidarlas y labrarlas. Eso exige una disposición hacia la claridad, el escritor debe decir lo que oye. Escribir es escuchar. En momentos lúcidos de la vida, Canetti se dedicó al aprendizaje de la escucha, la sustancia inconfundible de cada persona, la máscara que cada una expone. El rostro son las palabras, la voz es el órgano de la respiración. El aire que cada uno devuelve amansado. Cada persona busca su intimidad. Hay que atravesar el círculo de los fines y situarse ante alguien. Mirarlo, reconocerlo, rescatarlo. Es lo que creo, lo creo porque así lo pienso. Pensar y creer están hechos de la sustancia singular que es cada uno. La lucha contra

la muerte la alimenta el amor. Un amor tangible. El círculo sagrado de unas cuantas personas. Canetti las halló y les dedicó su vida. Lo que resulta irónico es que perdió paulatinamente cada una de esas personas. No pudo salvarlas y en la vejez siente vergüenza y desazón por no haber podido retenerlas. Qué hice para que esa persona no muriera. Esa es la pregunta, una pregunta llena de fracaso y angustia. Pero, a la vez, una pregunta que dispone, indispose, inquieta y propone. Ahora se trata de hallar la manera de devolver el aire a los muertos.

No pienso en mí, pienso en mis muertos. Pienso en los condenados, los amenazados, los perseguidos. Con ellos voy y vuelvo. De la muerte a la vida, por un puente que no puede estar roto. Escribir es trazar un puente entre vivos y muertos. Escribo de prisa, hay algo por hacer, debo moverme, traer, nunca llevar. Uno no acompaña a los moribundos. Cuando Canetti acompaña con su hermano el cuerpo de su madre al cementerio se siente exultante. Hay una rabia contenida. El camino es de retorno. En 1937 sabe que el escritor debe saber recuperar a los muertos. Es un propósito imposible y por eso lo enciende con su fe. No pudo acompañar a su padre, su madre lo expulsó de esa muerte. Dedicó su vida a recuperarlo. A él y con él a todos los muertos. Las imágenes de la muerte de su padre, recogidas en la autobiografía, son el más bello testimonio de su obra. La historia de su vida está enmarcada en esos dos movimientos: la muerte invisible de su padre, la visibilidad jubilosa y trágica de la de su madre. Para decir, con entera valentía y temeridad, que desprecia la muerte y rechaza todo aquello “que no sea respiración, sensación y lucidez”. La del escritor es la soledad de alguien absolutamente poblado. Debo estar solo para acoger a muchos. Solo entre las palabras, el aliento inconfundible de cada persona. Canetti se iba a los bares a oír respirar. No entendía el sentido de las palabras, escuchaba palabras, su ritmo, su acento, sus declives. Aprendió a escribir lo que debía escribir oyendo palabras desnudas. La unidad perfecta del contenido y la forma. No desprecio a nadie, cada ser, sobre todo las personas corrientes, las que no tienen historia, las per-

sonas que luchan contra la muerte con su respiración. No puedo defenderme, estoy abierto, soy un campo de refugiados. Hombres de todas las lenguas, personas de todas las procedencias. No desprecio a nadie. Como si estuviera en un campo de concentración, arrojado a la inminencia de la muerte por asfixia y por gas. El testimonio de Canetti del horror de los campos es desnudo y discreto. No habla de lo que no vio, respeta a los que vieron y dejaron de respirar, los gaseados por cientos de miles y millones. “Cogí el siglo por la garganta” quiere decir: apreté la garganta de la muerte química, para arrancar de la asfixia y el ahogo a tantos seres inermes. Es eso y nada más, si lo digo así es porque lo creo. Y si escribí este pequeño libro es porque estoy convencido de que se escribe para arrancarle a la muerte tanto ser amenazado por la asfixia.

El escritor Canetti es un ser desamparado. Nada lo protege. Está expuesto hasta el extremo. No reposa ni duerme, apenas puede respirar. Cada persona es la esencia, el singular, el irrepetible, el irremplazable. La vida de cada persona es sagrada, el amor es la religión de esa fe y Canetti es su siervo. Al escritor le alienta la vergüenza de sobrevivir. Esa vergüenza que se vuelve culpa está en el corazón del pensamiento de Elias Canetti. Eso lo hace cercano a aquellos sobrevivientes que no se enorgullecen, que, por el contrario, se avergüenzan y quieren hacer algo para invertir la lógica del poder y la muerte. He afrontado la muerte, dice Canetti, no le he hecho el juego, no dediqué mi vida a nada sino a denunciarla, odiarla, despreciarla. Es por eso que no escribí una obra, me dio vergüenza, todos me decían que me dedicara a ella, que lo demás estaba condenado al fracaso. La santidad del escritor solo es comparable a la de Gilgamesh y la de Buchner, la de Kafka y Walser. La religión que ellos profesan es la de la lucha contra la muerte. De mí no queda casi nada, estoy viejo y solo. Estoy desamparado y aún ardo de ese mismo fuego.

No cabe la idea de otra vida, no hay sino esta. Me quedo en esta vida, quiero salvarla. El desamparo está hecho de incredulidad. Dejar de creer en otra vida para

cuidar esta. Esta vida es mi fe, el carácter indestructible de todas las criaturas. Esta vida: mi mesa, mis lápices, la hoja que escribo. Este silencio y estas cosas. Este aire que entra y que sale. Lo próximo y también lo lejano. Las personas que son, todas ellas, mi constante presente. Y mi pasado, mis recuerdos, mis vivos y mis muertos. Mi hija y mi hermana y mis moribundos y mi madre y me esposa. Y los demás y todo lo demás. No estoy dispuesto a renunciar a nada de esta vida. La amo y me amo y me avergüenza no ser capaz de vencer la muerte. Puede que haya otro lugar, ni siquiera lo pienso. Canetti inventa todo el tiempo lugares. Dice “Allí” (primera palabra de este diccionario), traslada a esos lugares este lugar y las personas que lo habitan. Inventa personas sorprendentes que son todas de aquí. La clave está en llevar este aquí a todas partes. Poblar, desplazar, expandir, dar vida. Es el extraordinario don de lo humano, ir, desplazarse, viajar, metamorfosearse. En el don de la metamorfosis está el secreto, esa es la fe de Canetti, que el hombre rescate ese don, pues contra la metamorfosis, esencia de lo humano, no puede nada la muerte. Es allí, en el dominio de lo real transformado, donde uno puede encontrarse de nuevo sus muertos.

Me sorprende escribiendo esto. Es como si en pocas semanas hubiera envejecido realmente. Mientras escribía este ensayo no me daba cuenta. La vejez está al final si se escribe. Uno sale de un texto y se descubre viejo. Me avergüenza no haber sacado nada. No sé mucho. Ni siquiera soy capaz de leerlo. ¿Qué me voy a poner a hacer a partir de ahora? ¿Será también para mí este el último año? ¿Qué puedo saber yo lo que trae el mañana?